

minotauro

PHILIP K. DICK

LA INVASIÓN DIVINA



**PHILIP
K. DICK**
LA INVASIÓN DIVINA

minotauro

Título original: *The Divine Invasion*

© 1981, Philip K. Dick
All rights reserved

© Traducción de Albert Solé

© Editorial Planeta, S. A., 2013
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0729-7
Depósito legal: B. 20.214-2020

Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Había llegado el momento de llevar a Manny a una escuela. El gobierno tenía un colegio especial. La ley estipulaba que Manny no podía ir a una escuela normal debido a su estado. Elías Tate no podía hacer nada al respecto. No podía escapar a las reglas del gobierno porque estaba en la Tierra y la zona del mal lo dominaba todo. Elías podía sentirla, y era muy probable que el niño también.

Elías comprendía cuál era el significado de la zona, pero, naturalmente, el niño no lo entendía. A sus seis años de edad, Manny era guapo y fuerte, pero daba la impresión de estar siempre medio dormido, como si (o eso pensaba Elías) aún no hubiera nacido del todo.

–¿Sabes qué día es hoy? –preguntó Elías.

El niño sonrió.

–De acuerdo –dijo Elías–. Bueno, el profesor tiene mucha importancia. ¿Qué es lo que recuerdas, Manny? ¿Te acuerdas de Rybys? –Sacó el holograma de Rybys, la madre del niño, y lo acercó a la luz–. Mira a Rybys –dijo Elías–. Mírala un momento.

Algún día el niño recuperaría sus recuerdos. Algo, un estímulo desinhibidor dirigido a él gracias a sus

propias previsiones, se encargaría de activar la anamnesis, la pérdida de la amnesia, y entonces todos los recuerdos volverían en oleada: su concepción en CY30-CY30B, el período que había pasado dentro del útero de Rybys mientras ella luchaba contra su horrible enfermedad, el viaje a la Tierra, quizá incluso su interrogatorio... Cuando estaba en el útero de su madre, Manny les había dado consejos a los tres: a Herb Asher, a Elías Tate y a la propia Rybys. Pero después ocurrió el accidente, si es que realmente fue algo fortuito. Y debido a eso, el daño.

Y, debido al daño, el olvido.

Viajaron hasta la escuela en el monorraíl. Una vez allí, fueron recibidos por un hombrecillo de aspecto nervioso, el señor Plaudet; parecía muy entusiasmado y quiso darle la mano a Manny. A Elías Tate le resultó obvio que estaba en presencia del gobierno. Primero te dan la mano, pensó, y luego te matan.

–Bueno, aquí tenemos a Emmanuel –dijo Plaudet, con una radiante sonrisa.

En el patio de la escuela había unos cuantos niños jugando. El pequeño se pegó tímidamente a Elías Tate, dejando muy claro que tenía ganas de jugar pero que le daba miedo hacerlo.

–Qué nombre tan bonito –dijo Plaudet–. ¿Sabes decir tu nombre, Emmanuel? –le preguntó al niño, agachándose–. ¿Puedes decir Emmanuel?

–Dios con nosotros –dijo el niño.

–¿Cómo has dicho? –preguntó Plaudet.

–Es lo que significa Emmanuel –explicó Elías Tate–. Por eso lo escogió su madre. Murió en un accidente aéreo antes de que Manny naciera.

–Estuve dentro de un útero sintético –dijo Manny.

–¿Y el trastorno se originó debido a...? –empezó a

preguntar Plaudet, pero Elías Tate le hizo una seña para que callara. Plaudet, algo ruborizado, consultó la tablilla con hojas mecanografiadas que llevaba en la mano.

–Veamos... Usted no es su padre. Es su tío, ¿no?

–Su padre está en suspensión criónica.

–¿El mismo accidente aéreo?

–Sí –dijo Elías–. Está esperando a que le pongan un bazo.

–Es sorprendente que en seis años no hayan podido conseguir un...

–No pienso hablar de la muerte de Herb Asher delante del niño –dijo Elías.

–Pero ¿sabe él que su padre volverá a la vida? –dijo Plaudet.

–Por supuesto. Voy a pasar unos cuantos días en la escuela viendo de qué forma tratan a los niños. Si no apruebo sus métodos o si utilizan demasiado la fuerza física, me llevaré a Manny, con ley o sin ella. Supongo que pensarán enseñarle el tipo de estupideces que suelen impartir en estas escuelas. No es algo que me guste demasiado, pero tampoco me preocupa. Cuando haya quedado satisfecho con la escuela, le pagaré un año por adelantado. No deseaba traerle aquí, pero es la ley. No siento ninguna hostilidad personal hacia usted. –Elías Tate sonrió.

El viento hizo moverse los bambús que crecían junto a la zona de recreo. Manny ladeó la cabeza y frunció el entrecejo, escuchando el silbido del viento. Elías le dio una palmadita en el hombro y se preguntó qué le estaría diciendo el viento al niño. «¿Te cuenta quién eres? –se preguntó–. ¿Te ha dicho cuál es tu nombre?»

«El nombre que nadie debe pronunciar», pensó.

Una niña vestida con un traje de color blanco se acercó a Manny con la mano extendida.

–Hola –dijo–. Eres nuevo.

El viento silbó con un susurro entre los bambús.

Aunque muerto y en suspensión criónica, Herb Asher también tenía sus problemas. El año anterior, muy cerca de la CriLabs, Inc., colocaron un transmisor de frecuencia modulada de cincuenta mil vatios de potencia. Por motivos desconocidos, el equipo criónico había empezado a recibir la potente señal del transmisor. Esa era la razón de que tanto Herb Asher como todas las demás personas que se hallaban en suspensión criónica en los Cri-Labs oyeran día y noche la música melosa que suele sonar en los ascensores, ya que la emisora se dedicaba a lo que le gustaba calificar como «sonidos agradables».

En ese mismo instante, los muertos de Cri-Labs se veían importunados por temas de *El violinista en el tejado* interpretados por una orquesta de cuerda. A Herb Asher esa música le resultaba especialmente desagradable, porque se encontraba en la parte de su ciclo en la que tenía la impresión de seguir con vida. Dentro de su cerebro congelado se extendía un mundo de naturaleza bastante arcaica; Herb Asher creía estar otra vez en el pequeño planeta del sistema CY30-CY30B, donde había mantenido su cúpula durante todos aquellos años cruciales..., cruciales porque en esa época había conocido a Rybys Rommey, había emigrado a la Tierra con ella tras haber contraído matrimonio y había acabado sufriendo el interrogatorio de las autoridades terrestres, y, como si no bastara con eso, había conseguido que lo mataran en un choque aéreo del que no tuvo

la más mínima culpa. Peor aún, su mujer había muerto, y había muerto de tal forma que ningún trasplante de órganos podía resucitarla. Su linda cabecita, tal como le había explicado a Herb el médico robot, había quedado fraccionada. Sí, la elección de la palabra resultaba típica de un robot...

Sin embargo, por mucho que imaginara estar de nuevo en su cúpula del sistema estelar CY30-CY30B, Herb Asher no era consciente de que Rybys había muerto. De hecho, todavía no la conocía.

Ahora se encontraba en el tiempo anterior a la llegada del suministrador de alimentos que le había revelado la existencia de Rybys, que vivía en su propia cúpula.

Herb Asher estaba tendido en su catre, escuchando su cinta favorita de Linda Fox. Intentaba encontrar una explicación para el vago ruido de fondo que oía, una melosa sección de cuerda que interpretaba canciones de alguna conocida opereta, alguna obra de Broadway o algún otro condenado espectáculo de finales del siglo xx. Al parecer, su equipo receptorgrabador necesitaba un buen repaso. Quizá la señal original de la que había grabado las canciones de Linda Fox había sufrido alguna interferencia. «Maldita sea –pensó con abatimiento–, tendré que hacer unas cuantas reparaciones.» Eso quería decir levantarse del catre, encontrar la caja de herramientas, desconectar el equipo de recepción-grabación... en pocas palabras, significaba trabajo.

Mientras tanto, siguió con los ojos cerrados, escuchando a la Fox.

*No lloréis más, tristes manantiales;
¿por qué habéis de fluir tan deprisa?
Mirad cómo las montañas nevadas
son desgastadas amablemente por el sol.
Pero los ojos celestiales de mi sol no os ven llorar
porque ahora están dormidos...¹*

Era la mejor de todas las canciones que jamás había entonado la Fox; pertenecía al tercer y último *Libro de canciones para laúd* de John Dowland, que había vivido en los tiempos de Shakespeare y cuya música había sido versionada por la Fox para adaptarla a la época actual.

Irritado por la interferencia, desconectó la cinta usando su mando a distancia. Pero, *mirabile dictu*, la melosa música de cuerda siguió sonando, aunque la Fox se había quedado callada. Resignado, Asher apagó todo el sistema.

Pero, aun así, los ochenta y siete instrumentos de cuerda siguieron interpretando *El violinista en el tejado*. El sonido de la música llenaba su pequeña cúpula, claramente audible por encima del gjurk-gjurk del compresor de aire. Y, un instante después, se dio cuenta de que ya llevaba bastante tiempo oyendo *El violinista en el tejado*. De hecho... ¡santo Dios, ya debía de hacer tres días que lo estaba oyendo!

Herb Asher se percató de que algo andaba horriblemente mal. «Aquí estoy, a miles de millones de kilómetros de la Tierra, en pleno espacio, escuchando

1. *Weep you no more, sad fountains; / What need you flow so fast? / Look how the snowy mountains / Heaven's sun doth gently waste. / But my sun's heavenly eyes / View not your weeping / That now lies sleeping...*

ochenta y siete instrumentos de cuerda que no paran de tocar. Algo anda mal.»

Lo cierto es que durante el último año un montón de cosas habían empezado a ir mal. Al emigrar del Sistema Solar había cometido un terrible error. No había caído en la cuenta de que volver al Sistema Solar se convertía automáticamente en ilegal durante los siguientes diez años. De esa forma, el Estado dual que gobernaba el Sistema Solar garantizaba la existencia de un flujo continuo de gente que se marchaba, pero conseguía no tener ninguno de vuelta. Su alternativa había sido servir en el Ejército, lo que significaba una muerte segura. «El cielo o el suelo», ese era el lema que aparecía en los anuncios de televisión del gobierno. O emigrabas o te quemaban el trasero en alguna guerra inútil. Ahora el gobierno ya ni se tomaba la molestia de justificar la guerra. Se limitaban a enviarte a combatir, te mataban, y reclutaban un sustituto. Todo venía de la unificación del Partido Comunista y la Iglesia católica en un solo megaparato con dos jefes de Estado, igual que en la antigua Esparta.

Al menos, aquí estaba a salvo: el gobierno no iba a matarlo. Naturalmente, siempre podía matarlo alguno de los nativos del planeta, parecidos a ratas, pero eso no era demasiado probable. Los pocos autóctonos que aún seguían con vida jamás habían asesinado a ninguno de los seres humanos que habían aparecido para erigir sus cúpulas con los transmisores de microondas e impulsores psicotrónicos, la comida de imitación (al menos, a Herb Asher se lo parecía; el sabor era espantoso) y los parques consuelos de sofisticada naturaleza que habían traído consigo; todo eso había dejado bastante perplejos a los nativos, pero no había despertado su curiosidad.

«Apuesto a que la nave madre está justo encima de mí –se dijo Herb Asher–. Me está enviando *El violinista en el tejado* con su cañón psicotrónico. Es una broma.»

Se levantó del catre, caminó con paso inseguro hasta el tablero y examinó la pantalla de radar número tres. Según la pantalla, la nave madre no andaba por ahí. Así que no era eso. «Qué extraño», pensó. Podía ver con sus propios ojos que el sistema de audio estaba desconectado, y, sin embargo, el ambiente de la cúpula seguía saturado de aquel sonido. Y no parecía emanar de ningún sitio en particular; daba la impresión de estar por todas partes.

Tomó asiento ante el tablero y entró en contacto con la nave madre.

–¿Estáis transmitiendo *El violinista en el tejado*? –le preguntó al operador de circuitos de la nave.

Una pausa. Después:

–Sí, tenemos una cinta de vídeo de *El violinista en el tejado*, con Topol, Norma Crane, Molly Picon, Paul...

–No no –lo interrumpió Asher–. ¿Qué estáis recibiendo de Fomalhaut ahora mismo?, ¿algo donde solo hay instrumentos de cuerda?

–Oh, eres la Estación Cinco. El fanático de Linda Fox.

–¿Es así como se me conoce? –preguntó Asher.

–De acuerdo, nos portaremos bien. Prepárate para recibir dos nuevas cintas de Linda Fox a velocidad máxima. ¿Estás listo para grabar?

–Pero yo te llamaba por otra cosa –dijo Asher.

–Estamos transmitiendo a máxima velocidad. Gracias.

El operador de circuitos de la nave madre cortó la conexión. Herb Asher se encontró escuchando unos sonidos enormemente acelerados mientras la nave madre satisfacía una petición que no le había hecho.

Cuando la transmisión de la nave madre cesó, volvió a entrar en contacto con el operador de circuitos.

–Hace diez horas que no paro de recibir *Casamentero, casamentero* –dijo–. Estoy harto, no lo aguanto más. ¿Qué pasa, estáis haciendo rebotar una señal del campo de otro?

–Oye, mi trabajo consiste en hacer que las señales de quien sea estén rebotando continuamente de...

–dijo el operador de circuitos de la nave madre.

–Corto y cierro –dijo Herb Asher, y desconectó el circuito de la nave madre.

Miró por la ventanilla de su cúpula y distinguió una silueta encorvada que avanzaba lentamente por el páramo helado. Un nativo llevando un pequeño fardo; al parecer tenía algo que hacer.

–Clem, entra un momento –dijo Asher, apretando el control de su altavoz externo. Ese era el nombre que los colonos humanos les habían dado a los autóctonos; a todos, ya que todos tenían el mismo aspecto–. Necesito una segunda opinión.

El nativo fue hacia la escotilla de la cúpula, con ceño, y le hizo una seña para que le dejase entrar. Herb Asher activó el mecanismo de la escotilla, y la membrana intermedia se encajó. Clem desapareció dentro de ella. Un instante después, el disgustado indígena estaba en el interior de la cúpula, limpiándose los cristales de metano y contemplando con expresión irritada a Herb Asher.

Asher tomó su ordenador de traducción.

–Solo será un momento –le dijo. Su voz analógica brotó del instrumento convertida en una serie de chasquidos y crujidos–. Estoy recibiendo una interferencia en el audio y no consigo librarme de ella. ¿Es algo vuestro? Escucha.

El autóctono escuchó, con el rostro oscuro parecido a una raíz retorcido en una mueca. Cuando habló, su voz, traducida por el ordenador, cobró una aspereza bastante inusual.

–Yo no oigo nada.

–Estás mintiendo –dijo Herb Asher.

–No estoy mintiendo –replicó–. Quizá has perdido la cabeza debido al aislamiento.

–El aislamiento me sienta de maravilla. Y, de todas formas, no estoy aislado. –Después de todo, tenía a la Fox para que le hiciese compañía.

–Ya he visto esto otras veces –aseguró el nativo–. Los que viven en las cúpulas empiezan a imaginar voces y siluetas, igual que tú.

Herb Asher cogió el micrófono estéreo, conectó la grabadora y observó los medidores. No mostraban nada. Puso el nivel de entrada al máximo, pero los indicadores de volumen siguieron sin marcar nada; las agujas no se movían. Asher tosió, e inmediatamente las dos agujas oscilaron salvajemente y los diodos de sobrecarga se encendieron con un destello rojizo. Bueno, estaba claro que, fuera por lo que fuese, la grabadora no captaba aquella melosa música de cuerdas. Asher estaba más perplejo que nunca. El nativo, dándose cuenta, sonrió.

Asher se puso delante de los micrófonos y, hablando lenta y claramente, dijo:

«O dímelo to de Anna Livia! Quiero oírlo to de Anna Livia. Bueno, conoces a Anna Livia? Sí, claro, tol mundo conoce a Anna Livia. Cuéntamelo to. Cuéntamelo ya. Te vas a morir cuando te enteres. Sí, ya lo sé, sigue. Lava listo y no despatrickes. Súbete las mangas y desmarra tus *cintas habladas*. Y no me empures –sooo!– cuando te encorves. O lo que...».²

2. Joyce, James; Francisco García Tortosa (ed.), *Anna Livia Plurabelle (Finnegans Wake, I, VIII)*, Cátedra, Madrid, 1992, p. 139, excepto las palabras en cursiva (en el original inglés: *talktapes*),

—¿Qué es todo eso? —preguntó el nativo, escuchando la traducción a su propia lengua.

—Un libro terrestre muy famoso —dijo Herb Asher, sonriendo—. «Mira, mira, está cayendo la tarde! Mis ramas en lo alto están echando raíces. Y mi siento frío comienza a favilar. Fieluhr? Filou! Qué edad es? Pronto es tarde. Hase na eternidad...»³

—Este humano se ha vuelto loco —dijo el indígena, y se dirigió hacia la escotilla, preparándose para salir.

—Es el *Finnegans Wake* —dijo Herb Asher—. Espero que el ordenador haya sido capaz de traducírtelo bien. «No oigo con las aguas de. Las lacrimógenas aguas de. Obscenos chillidos de vertiginosos murciélagos. ¿No te vas en casa? ¿Qué tal con el pulgar? No oigo con...»⁴

El nativo se había ido, convencido de que Herb Asher estaba loco. Este lo vio por la mirilla: Clem se alejaba de la cúpula terriblemente indignado.

Herb Asher volvió a apretar el interruptor del altavoz externo y, dirigiéndose hacia la figura que se iba haciendo cada vez más pequeña, gritó:

—Entonces ¿piensas que James Joyce estaba loco? De acuerdo, ¿pues explícame cómo es que menciona las cintas habladas, que quiere decir «cintas grabadas», en un libro que empezó a escribir en 1922 y que terminó en 1939, antes de que hubiera ninguna clase de grabadoras. ¿A eso le llamas tú locura? Y, además, hace que sus personajes se sienten a mirar la televisión... en

que hemos traducido de forma que encaje con el texto de Dick. (N. del ed.)

3. *Ibidem*, p. 173. (N. del ed.)

4. *Ídem*, Víctor Pozanco (ed.), *Finnegans Wake*, Lumen, Barcelona, 1993, p. 92. (N. del ed.)

un libro comenzado cuatro años después de la Primera Guerra Mundial. Yo creo que Joyce era...

El nativo había desaparecido detrás de un risco. Asher dejó de apretar el botón del altavoz.

«Es imposible que James Joyce pudiera mencionar las cintas habladas en sus escritos –pensó Asher–. Algún día conseguiré que publiquen mi artículo. Demostraré que el *Finnegans Wake* es todo un conjunto de información basado en la memoria de unos sistemas de ordenadores que no existieron hasta un siglo después de la época de Joyce, que Joyce estaba conectado a una conciencia cósmica de la que sacó la inspiración para escribir toda su obra. Seré famoso para siempre.»

«¿Qué debía de sentirse oyendo a Cathy Berberian leyendo en voz alta el *Ulises*? –se preguntó–. Si al menos hubiera grabado el libro entero... Pero, claro, siempre tenemos a Linda Fox.»

Su grabadora seguía encendida, registrándolo todo.

–Voy a pronunciar la palabra «trueno» de cien letras –dijo en voz alta. Las agujas de los indicadores de volumen se balancearon obedientemente–. Ahí voy –dijo Asher, y aspiró una honda bocanada de aire–. Esta es la palabra «trueno» de cien letras del *Finnegans Wake*. Se me ha olvidado. –Fue al estante y cogió la cinta de el *Finnegans Wake*–. No voy a recitarla de memoria –dijo, metiendo la cinta en el aparato y haciéndola retroceder hasta la primera página del texto–. Es la palabra más larga de todo el idioma inglés –dijo–. Es el sonido que se oyó cuando el cosmos sufrió su cataclismo primordial, cuando parte del cosmos dañado cayó en el mal y la oscuridad. En el origen teníamos el jardín del Edén, como indica Joyce. Joyce...

La radio crepité. El hombre de la comida estaba

entrando en contacto con él para indicarle que se preparase para recibir un envío.

–¿Despierto? –dijo la radio con voz esperanzada.

Un contacto con otro ser humano. Herb Asher se encogió involuntariamente. «Oh, Dios», pensó. Estaba temblando. «No», pensó.

«No, por favor.»